

# Dejar estar. Una reflexión coyuntural entre el paisaje y la ciudad

*Let be. A conjunctural reflection between the landscape and the city*  
**Florencia Köncke | Elías Barczuk Pasamán**

Arquitectos. Máster en estudios avanzados de Arquitectura por la Universitat Politècnica de Catalunya

La obligada pausa al mundo en la que estamos sumergidos nos ha extendido una petición de reflexión y pensamiento. Las oportunidades —que son conveniencia, alternativa, ocasión y potencia—, se constituyen corrientemente a través de dos vías distintas.

Por un lado, existe la idea de que cada crisis representa una posibilidad concreta, en la que su magnitud es proporcional al tamaño de sus paliativas soluciones. Es la celeridad de los acontecimientos quien activa, aquí, el riesgo de no apreciar la mutación que el paisaje nos reclama —rauda, pero rotundamente—.

Por otro lado, la oportunidad también puede ser construida a partir de una sumatoria de suertudas circunstancias particulares. Queda en nosotros apretar la casualidad y tendenciar al medio para transitar los caminos de mayor pertinencia sin desperdiciar la ocasión.

Históricamente, las oportunidades han servido al ser humano para transformar algunos parámetros y definiciones estructurales de la vida en sociedad, induciendo colateralmente la integración de nuevos agentes en la toma de decisiones. En estos tiempos, resulta pertinente resaltar la relevancia de esto último.

Durante el siglo XX, múltiples movimientos sociales pregonaron la integración de nuevas voces provenientes de las minorías urbanas a las esferas de decisión de las ciudades. Lefebvres y Jacobs reivindicaron el derecho a la ciudad y exigieron la inclusión del ciudadano de a pie en temporadas de definiciones cruciales. Luther Kings y Parks sentaron las bases de la integración étnica y la supresión del concepto de raza. Woolfs y de Beauvoires impulsaron una marea violeta que evoluciona y se desvive por una integración colectiva feminista.

1 El concepto de *extramuros* proviene del latín *extra muros* o fuera de las murallas. La Real Academia Española lo define como aquello que se encuentra fuera del recinto de una ciudad, villa o lugar.

Aquellas minorías que han reclamado sus derechos lo han hecho simplemente porque pudieron. Porque alzaron su voz o alguien lo hizo por ellas. Aun así, todavía existen quienes no han podido expresarse. Ahora bien, todas estas integraciones fueron urbanas y todas las minorías atendidas fueron siempre *urbanitas*.

La idea de *extramuros*<sup>1</sup> proviene de un período temporal ciertamente vencido. Pero opera acertadamente al ilustrar este asunto.

Un mampuesto de piedra, ladrillo o madera, de algunos metros de alto y franqueado por unos pares de puertas, definía, durante el medioevo, el grado de pertenencia a una urbe. La riqueza de la idea radica en que puede ser aplicada a asuntos del ser humano como individuo, pero también a todo aquello que lo rodea. (Fig.1)

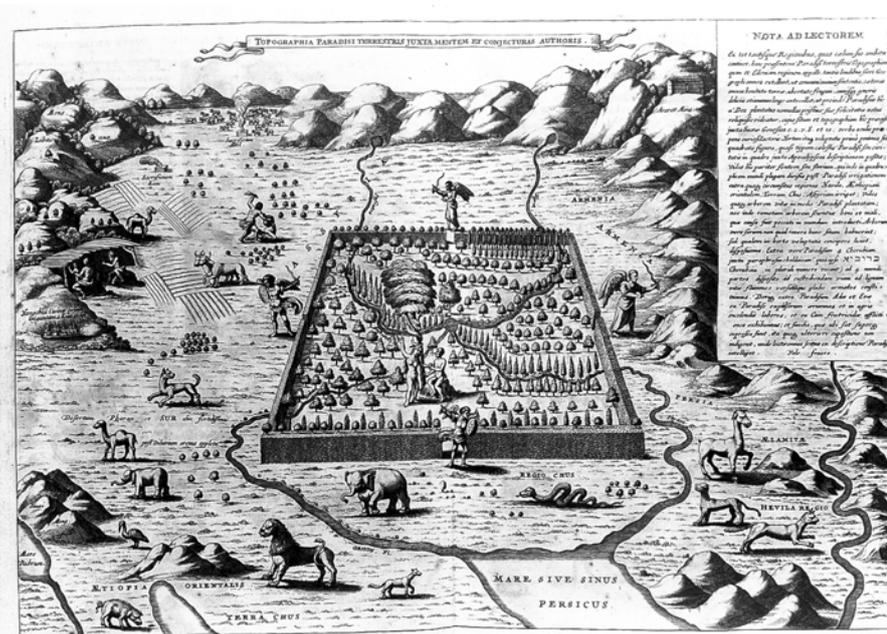


Figura 1. La configuración ideal del paisaje. El paraíso en la tierra puede ser uno solo. Las representaciones que logremos hacer de él serán iguales en cantidad a cuantos se atreven a intentar hacerlo. Sin embargo, parece casi imposible encontrar una en la que no pequemos, consecutiva y consistentemente, de egoístas y egocéntricos. Anastasius Kircher ilustra en el siglo diecisiete una planimetría extremadamente detallada del Paradisi terrestres. La mano dura y ortogonal de unos muros que segregan y que no pueden ser invento más que del hombre imponiéndose desde tiempos inmemoriales sobre la crítica orgánica y natural de los paisajes originales en todo su esplendor. Ilustración: Atanasius Kircher. *Topographia Paradisi Terrestris*, 1675.

Varios siglos después, asumiendo como evidentes la disociación provocada por circunstancias geográficas —que consolidan centros y periferias— o económicas —que construyen clases asquerosamente diferenciadas—, sin contar aquellas otras que no negamos pero serían imposibles de enumerar, la segregación social continúa siendo una muralla, frecuentemente, infranqueable.

Quienes componen una ciudad, son llamados *ciudadanos*. Gozan de unos derechos y libertades que no disponen quienes no son considerados tales. Sucede que ni toda la vida se da en las ciudades, ni todos los que las habitan se sienten representados por estas. Surgen así algunos indicios de cómo afrontar el conflicto. Demonizar la idea de ciudad y predicar un utópico regreso a los orígenes no parece ser la solución más elegante. Pero asumiendo ciertos los beneficios que nos ofrecen las urbes, incorporar sin peros a cada agente faltante en momentos de discusión y toma de decisiones se concibe más sensato.

Figura 2. La naturaleza confinada. El confinamiento no es solo humano. No somos la única especie que lo sufre. Sí somos los únicos que podemos imponerlo. Christo y Jeanne Claude intervienen sobre unos árboles existentes en Fondation Beyeler y Brower Park. Inconscientemente o adrede nos empujan a retomar aquellas ideas que describen la superioridad de una especie que no mira hacia los costados. Fotografía: Wolfgang Volz. "Wrapped Trees", Fondation Beyeler y Brower Park, Riehen, Suiza, 1997–98. Fuente: <https://christojeanneclaude.net/artworks/wrapped-trees/> (Última consulta mayo 2021)



Actores silenciados que debieran ser viva voz a la hora de repensar nuestra preconcebida idea de ciudad, pero que, curiosamente, se vuelven difíciles de escuchar. No solamente porque sean pocos quienes se animan a hablar por ellos, sino porque la falta de voz es una de sus características esenciales. Y porque para poder escucharlos, deberíamos, primero, dejarlos estar. (Fig.2)

- 2 Stefano Mancuso, “Futuro Vegetal”. Entrevista de David Guzmán. Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 19 de marzo de 2020. Fuente: <https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/stefano-mancuso/233365> (Última consulta mayo 2021)

Figura 3. Un trío de cabras en puntas de pie, de cornamenta áspera y actitud desprevenida recuerdan con su quietud, espontaneidad y distensión que ni las luces de un semáforo, ni los faros de un par de coches, ni los ruidos de una ciudad abarrotada son mejores señales que la que ellos mismos están dando parados donde están parados. Rebaño de cabras sueltas en una ciudad de Escocia, 2020. Autor: Cordon Press. David Alonso Rincon, “Desde osos en Cangas de Narcea a corzos bajo el acueducto de Segovia: los animales toman las ciudades vacías”. Fuente: Libertad Digital, 07 de abril de 2020, <https://www.libertaddigital.com/espana/2020-04-07/coronavirus-el-aislamiento-provoca-que-los-animales-salvajes-tomen-las-ciudades-vacias-1276655493/> (Última consulta mayo 2021)

Stefano Mancuso nos habla del egocentrismo de la raza humana.<sup>2</sup> Podríamos, análogamente, caracterizar así también a nuestras ciudades. Entender que somos el único ser vivo que pone en riesgo su propio ecosistema es fundamental. Pretender tener nosotros —causa única del conflicto— todas las respuestas para contrarrestarlo es fiel evidencia de la veracidad de estas ideas.

La naturaleza, entendida como paisaje original —en la comprensión firme de que fue base de todo paisaje urbano conocido hoy— intenta, constantemente, comunicarse. Logramos escucharla solo ante el cese de nuestro absurdo dominio. Involuntariamente dimos lugar a su propia manifestación.



Durante el encierro sufrido por nuestra especie, la vida vegetal invadió calles y aceras. Cabras, ciervos, jabalíes, pavos y zorros recuperaron el sitio que alguna vez les perteneció. (Fig. 3)

La hierba creció, la lluvia cayó, la nieve se almacenó y el viento coqueteó con todos ellos. Siguiendo, después de mucho tiempo, sus propias reglas. Las reglas de siempre. La flora renació, la fauna reclamó y el clima festejó. Verdaderos representantes del paisaje. Después de verlo, la idea de *dejar estar para dar voz* dejó de ser, meramente, una teoría.

Estamos llamados a ser conscientes de la trascendencia de su integración. Analizar la ciudad desde aquellos actos de rebeldía natural, resistencia y desafío a nuestra “autoridad” dan paso a un deseado *empoderamiento natural*.

Permitámosle tomar el mando.